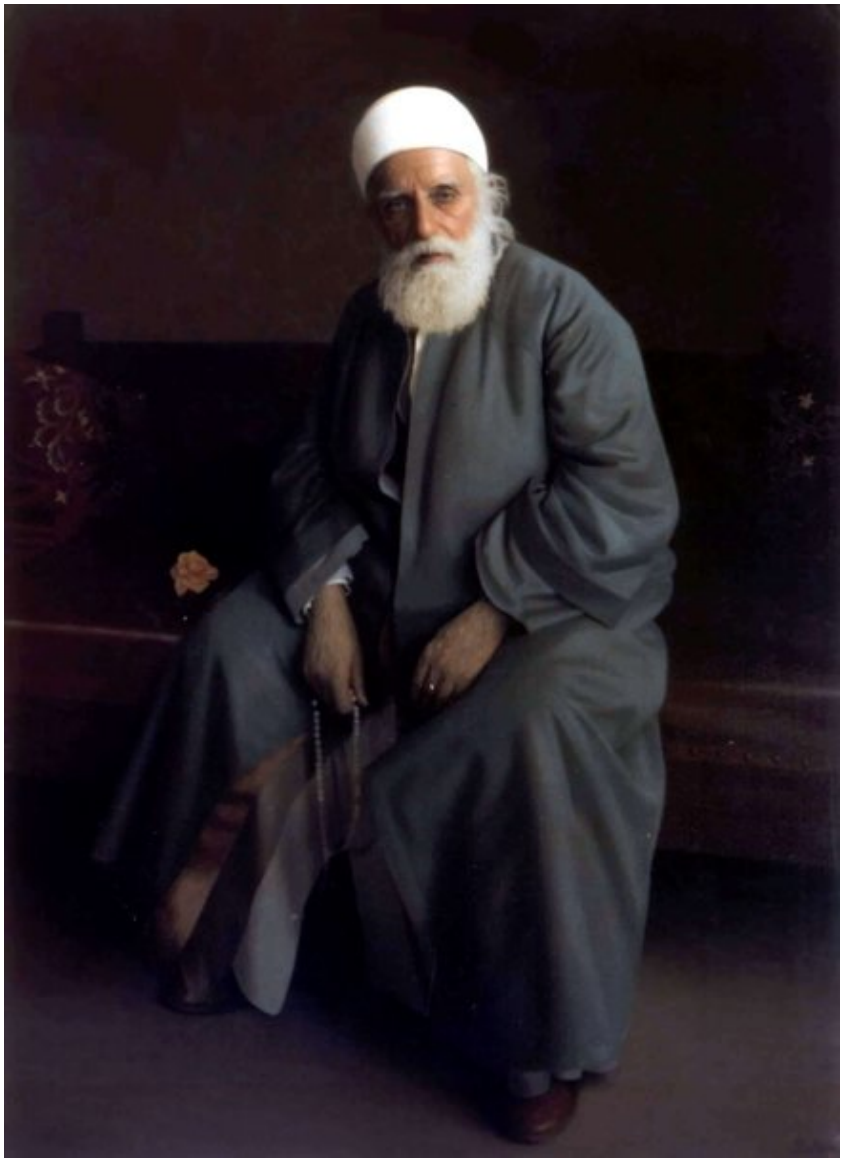
Los Primeros Peregrinos
Del Occidente

Escrito por May Ellis Bolles, después conocida como May Maxwell, la primera creyente que ‘Abdu’l-Bahá comisionó para enseñar en Europa, cuando fue a visitarlo a Tierra Santa en 1899.



'Abdu'l-Bahá, llamado el Maestro por Bahá'u'lláh
El Centro de la Alianza de Bahá'u'lláh

Partimos de Marsella el 9 de febrero de 1898 a bordo del 'Carthage' cuyo destino final era Bombay. Llegamos a Port Said el 13 de febrero. Fuimos recibidos a bordo por Ahmad Yazdí y Nurulláh Effendi. Hicieron todo por nosotros, nos llevaron a las habitaciones del hotel, llevaron nuestro equipaje y durante el tiempo que estuvimos allí venían a toda hora del día y de la noche. Nos llevaron a sus hogares, a pasear y en verdad nos mostraron tanto cariño y amabilidad como nunca antes habíamos recibido. En esos momentos no logramos entender el espíritu que los animaba, pero luego supimos que en realidad estábamos muertos y ellos estaban vivos y movidos por el amor de Dios. En la tarde de nuestra llegada Nurulláh Effendi nos visitó y nos llevó a su casa, conocimos a su querida esposa y a sus hijas, las cuales tenían el mismo brillo y amor maravilloso reflejado en sus rostros que habíamos visto en nuestros dos hermanos de fe anteriormente. Fue allí la primera vez en mi vida que vimos el rostro de nuestro amado Maestro. No podía quitar mi vista de Su foto. Nos dieron una copia de ella y un mechón del cabello de la Bendita Perfección. Luego nos ofrecieron té y muchos pasteles. Cuando nos fuimos, aunque no se había dicho una sola palabra excepto de alguna traducción ocasional de nuestro hermano, estábamos unidos en un lazo indisoluble de amor y sentíamos que ningún idioma podría ser más elocuente que ese silencio en el que nuestros corazones estaban comunicándose.

Tuvimos que esperar dos días para que la pequeña embarcación cruzara la costa de Beirut. Abordamos a las siete de la noche del 15 de febrero en compañía de nuestros fieles hermanos. Con qué profundo sentimiento nos dieron los mensajes de amor para su Maestro y con qué ojos tan llenos de anhelo nos miraban a medida que partíamos en el bote. ¡Ah! ¡Pronto lo íbamos a comprender mejor! Recuerdo qué tranquilo estaba el mar bajo el sol de la tarde cuando atracamos en Haifa el siguiente día. Conversamos acerca de la pequeña casa de Simón el curtidor y la maravillosa visión que San Pedro tuvo en ese paraje. Más tarde visitaríamos este mismo lugar en el viaje de regreso. Para entonces cada hora que nos separaba de nuestro Amado parecía demasiada larga. Continuamos nuestro viaje sentados en la quietud de la cubierta hasta que la luz del atardecer cayó sobre nosotros. Las sombras se hicieron más intensas; con la oscuridad que nos rodeaba las estrellas brillaban, cada una grande y luminosa en una atmósfera limpia. Nos levantamos y fuimos hacia el frente para ver apareciendo entre la oscuridad, borroso al principio, pero cada vez más distintivo y grandioso, el perfil noble del Monte Carmelo. Luego al ver las luces intermitentes de la orilla, el aliento de la Tierra Santa fue traído por la brisa a nosotros, cargado con el perfume de las rosas y los naranjos.

A bordo venían también dos peregrinos rusos, quienes por horas habían permanecido de pie sin moverse a la orilla de la embarcación mirando hacia el este. Ahora su firme mirada estaba en 'Akká. Y de esa manera todos permanecimos de

pie en oración y adoración a medida que el bote lentamente entró a la bahía de Haifa y soltó su ancla. Siguió un gran barullo de embarcaciones, luces y voces que no cesó hasta que bajamos a la playa y vimos los rostros de nuestros hermanos norteamericanos sonriéndonos. Nos saludaron cordialmente y nos ayudaron a bajar, luego dijeron: "Nuestro Maestro está en Haifa". Nos llevaron a la casa que el Maestro había preparado para los peregrinos de occidente donde cordialmente fuimos acomodados por Maryam y otras personas. Después de unos bellos momentos nos retiramos a pasar nuestra primera noche en Tierra San. Durmiendo por ratos esperamos el amanecer del glorioso día.

La siguiente mañana, viernes 17, a las siete la hermana Maryam entró rápidamente a nuestra habitación y anunció que 'Abdu'l-Bahá llegaría en unos momentos. Apenas tuvimos tiempo de vestirnos cuando de pronto nos sentimos estremecidos con una repentina conmoción. Entramos a un gran salón central al cual se abrían todas las habitaciones de la casa, y afuera de una de las puertas del otro lado vimos los zapatos de todos los creyentes. De esa manera nos enteramos que el bendito Maestro estaba adentro de esa habitación.

Los demás me precedieron. En un momento estuve en la entrada y en forma rápida observé que había gente en todo el cuarto sentada en silencio por las paredes y vi a mi Bienamado. No sé cómo me encontré súbitamente a Sus pies y Él gentilmente me levantó y me sentó a Su lado. Todo ese tiempo pronunció palabras tiernas en persa con una voz que estremeció mi corazón. De esa primera vez que lo vi no puedo recordar ni alegría ni dolor ni nada que pueda nombrar. Había sido transportada de repente a una altura demasiado grande; mi alma había estado en contacto con el Espíritu Divino y esa fuerza tan pura, tan santa y tan poderosa me había anegado. Preguntó a cada uno sobre nosotros, nuestras vidas y la de aquellos que amábamos. No obstante que Sus Palabras fueron tan pocas y tan sencillas instilaron el Espíritu de Vida a nuestras almas. A mí me dijo entre otras cosas:

"Tú eres como la lluvia que es derramada sobre la tierra para hacerla retoñar y florecer y dar fruto. De esa forma el Espíritu de Dios descenderá sobre ti, te llenará con frutos y podrás ir y regar Su viña. Ahora tus dificultades han terminado y debes secar tus lágrimas, porque tú conoces la parábola que Cristo dijo acerca del sembrador y la semilla. De la misma forma que en la naturaleza la buena tierra es preparada por la lluvia y la tormenta, el arado y el sol para que la buena semilla sea sembrada, así es en la vida; el corazón es preparado por la experiencia para la semilla de la verdadera vida".

Los judíos rusos que habían estado en la embarcación la noche anterior habían llegado y sus rostros brillaban con una gran luz cuando entraron a Su Presencia. Nosotros no podíamos quitar los ojos de Su glorioso Rostro: oímos todo lo que Él

dijo; tomábamos té con Él, pero la existencia parecía haberse detenido. Y cuando Él se levantó y de repente se alejó, regresamos como al principio a la vida, ¡pero nunca otra vez, gracias a Dios, a la misma vida en esta tierra! "Habíamos contemplado al Rey en Su Belleza. Habíamos visto la tierra del Más Allá".

Nuestro amado Maestro regresó por la tarde a almorzar con nosotros y otra vez para la cena. Cuando fuera que Él llegaba Lo seguían muchos creyentes. Siempre sabían con exactitud dónde estaba de día y de noche. Lo rodeaban con su amor fielmente, no obstante con entera discreción. Nunca se dirigían a Él en público, siempre eran humildes y sumisos; esperaban a Su más pequeña petición y buscaban rendirle su humilde servicio. Esa noche nos invitó a todos a encontrarnos con Él el domingo por la mañana bajo los cipreses en el Monte Carmelo, donde Él acostumbraba sentarse con Bahá'u'lláh. Estábamos muy contentos y teníamos mucha expectación de esta feliz reunión. Muy grande fue mi frustración cuando la siguiente mañana me encontré demasiado enferma para poder ir. Tan pronto el Maestro llegó a desayunar vino directamente a mi habitación y caminó hacia mi cama, me tomó de las manos, pasó Su mano sobre mi frente y me miró tan gentilmente y con tanta misericordia que olvidé todo, excepto el amor y la bondad de Dios. Mi alma entera había sido sanada y consolada. Miré a Su rostro y dije: "Ya estoy bien, Mawláná". Pero Él sonrió y movió Su cabeza; me ordenó permanecer allí quieta hasta que Él regresara por la tarde. Aunque había estado muy mal en la noche, todo el dolor y la angustia se habían ido y me dormí tranquilamente. Esa noche algunos nos sentamos con algunos miembros de la familia del Maestro. El cuarto estaba poco iluminado por unas candelas que producían extrañas sombras en las paredes y el cielo falso. Las ventanas se abrían a una calle estrecha cubierta por la luz de la luna y permanecimos sentados en silencio a la espera de nuestro Maestro. Oímos Su voz cuando apareció en el umbral de la habitación y la luz de Su bella Presencia fue derramada sobre nosotros.

El domingo por la mañana despertamos con alegría y esperanza de reunirnos en el Monte Carmelo. El Maestro llegó bastante temprano y después de mirarme, tocó mi cabeza y contó mi pulso. Todavía sosteniendo mi mano les dijo a los creyentes: ***"No habrá reunión en el Monte Carmelo hoy. Iremos en otra ocasión, Insha'lláh, en unos pocos días; no podríamos irnos y dejar a una de los amadas de Dios sola y enferma. Ninguno de nosotros podría estar feliz a menos que todos los amados estén felices".***

Estábamos asombrados que algo tan importante como esta reunión en el Bendito Lugar fuera cancelada debido a que una persona estaba enferma y no pudiera asistir; nos pareció increíble. Era tan contrario a la manera común de pensar y actuar, tan diferente de la vida del mundo donde los acontecimientos diarios y las

circunstancias materiales tienen suprema importancia. Nos dio un genuino estremecimiento de sorpresa. En ese estremecimiento los fundamentos del orden viejo empezaron a tambalearse y caer. Las palabras del Maestro habían abierto ampliamente la puerta del Reino de Dios y nos dio una visión de ese Infinito Mundo cuya única ley es el Amor. Ésta fue una de las veces que notamos que ‘Abdu’l-Bahá colocaba encima de toda otra consideración el amor y la amabilidad, la simpatía y la compasión que se debe a cada alma. En verdad, al mirar atrás al tiempo bendito que pasamos en Su Presencia, entendemos que el objetivo de nuestro peregrinaje fue aprender por primera vez en la tierra lo que es el Amor, ser testigos de su luz en cada cara, sentir su calor quemante en cada corazón, y nosotros mismos llegar a ser encendidos con la divina llama del Sol de la Verdad, la Esencia de cuyo ser es el Amor. De esa manera el domingo por la mañana Él se sentó con nosotros por un momento y dejamos de pensar en la reunión en el Monte Carmelo, porque en el gozo e infinito descanso de Su Presencia todo lo demás era consumido.

El siguiente día, el lunes, llegaron otros peregrinos de nuestro grupo que habían ido al Nilo y más tarde nuestro Amado nos informó que tenía que ir a ‘Akká para tratar asuntos importantes con las autoridades que hacían indispensable Su Presencia. Luego nos dijo que estuviéramos todos alegres y contentos porque pronto estaríamos en la casa de nuestro Padre Celestial. Nos pidió que estuviéramos listos para ir a ‘Akká el miércoles por la mañana a las 6 y se despidió de cada uno. El martes Sus hijas y Lua, mi madre espiritual, vinieron de ‘Akká. La misma tarde recibimos visitas de varios primos y miembros de la familia santa que vivían en Haifa. El martes por la noche le dije a mi madre espiritual que el Maestro no se daba cuenta de qué tan enferma y débil me encontraba y que no debería esperar que fuera con todos el miércoles. ¡Nosotros, los de tan poca fe! Sonrió y movió su cabeza y me dijo “pronto conocerás un poco del poder de ‘Abdu’l-Bahá”.

Era cerca del atardecer cuando desperté y me sentí mecida por una brisa. No puedo describir qué pasó después; pero a través de mi alma fluyó una Esencia, una Fuerza poderosa e invisible penetró todo mi ser para darme vida sin límites, amor y felicidad; me elevó y envolvió en su Fuerza poderosa y me dio paz. Supe entonces que fue el Espíritu de Dios y que nuestro Señor estaba orando por Sus siervos en ese bendito atardecer. Me levanté, oré y me sentí muy bien. Temprano por la mañana todos nos reunimos y partimos en coches de caballo a la Ciudad Santa; el Espíritu de Dios nunca nos abandonó por toda la costa; nos acercábamos cada vez más a la morada terrena de Quien era la Gloria de Dios. Su Bondad descendía sobre nuestras almas como la lluvia. Nuestros corazones estaban tan llenos de palabras, en un silencio reverente vimos la ciudad amurallada, blanca y gris en contraste con el azul de mar Mediterráneo a sus pies y la cúpula del luminoso cielo

arriba de ella. Cruzamos dos arroyos que fluían de la tierra hacia el mar y al fin llegamos a las murallas de piedra de ‘Akká. Caminamos por las estrechas y pintorescas calles donde el mundo oriental antiguo se levantaba y temblaba hasta llegar a la casa de ‘Abdu’l-Bahá.

Cuando Él llegó a 'Akká (Acre), Bahá'u'lláh y Su familia fueron confinados en esta prisión a la orilla del Mar Mediterráneo, Tierra Santa, Israel.

Pasamos por una enorme puerta de piedra que llevaba a un patio cuadrado y ascendimos una fila de escalones hacia los apartamentos de arriba. Allí, parado a la par de la ventana de un pequeño cuarto, con su mirada en el azul del mar, encontramos a nuestro Bienamado. Nos lanzamos a Sus pies y derramamos nuestro inmenso amor y agradecimiento, mientras Él colocaba sus manos en nuestras cabezas y hablaba en una voz baja y tierna a Sus pobres siervos. La Hoja Más Sagrada entró en ese momento con la Madre Santa y Sus hermanas. Nos dieron la bienvenida con amor y lágrimas de alegría como si hubiéramos estado lejos y estuviéramos de regreso al fin a nuestro Hogar Celestial ¡como en realidad era, en verdad! Habían desocupado las habitaciones con anticipación; nos alojaron con comodidad extrema y estuvieron siempre atentas a satisfacer cualquier necesidad. Nos rodearon de cuidado y atención; no obstante en medio de esto lo que brillaba era la luz de su espiritualidad maravillosa. A través de estos amables canales humanos fluía el Divino Amor; sus propias vidas y su comodidad, en comparación con ello, era como un puñado de polvo. Ellos mismos se sacrificaban y se abandonaban en el amor y servicio al Umbral Divino.

Durante estos tres maravillosos días y noches que pasamos en el Lugar Más Sagrado no escuchamos otra cosa que no fuera la mención de Dios; Su Santo Nombre estaba en cada boca; Su Belleza y Bondad eran los temas de toda conversación. Su Gloriosa Causa era el único objetivo de cada vida. Cuando nos juntábamos en una de las habitaciones hablaban sin cesar de la Bendita Perfección, relataban los incidentes de la vida del Bienamado, mencionaban Sus Palabras, contaban Sus actuaciones y el amor apasionado y la devoción de Sus seguidores hasta que nuestros corazones quedaban adoloridos de amor y deseo. Había otras mujeres en la casa vestidas de blanco; supimos que se trataba de las esposas de los mártires; escuchamos de ellas las historias trágicas y gloriosas de nuestros hermanos persas.

En la mañana misma mañana, después que nos habíamos refrescado, el Maestro nos llamó a un cuarto que miraba al mar Mediterráneo. Se sentó en silencio con Sus ojos hacia fuera de la ventana. Luego, mirando hacia arriba, preguntó si estábamos todos. Al ver que uno de los creyentes no estaba presente dijo: ***“¿Dónde está Robert?”*** Era un sirviente de color a quien uno de los peregrinos de nuestro

grupo en su generosidad había traído a ‘Akká. En un momento el rostro radiante de Robert apareció en la puerta y el Maestro se levantó a saludarlo, le pidió que se sentara y dijo: ***“Robert, tu Señor te ama. Dios te ha dado una piel negra, pero un corazón tan blanco como la nieve”.*** Luego el Maestro dijo lo siguiente:

“Todos podemos servir a la Causa de Dios sin importar nuestro trabajo. Ningún trabajo puede evitar que el alma venga a Dios. Pedro era un pescador, no obstante logró maravillas. Pero el corazón debe estar siempre vuelto hacia Dios no importa de qué se trabaje; esto es lo importante. Luego el Poder de Dios trabajará en nosotros. Somos como una pieza de hierro en medio del fuego, que llega a calentarse a tal grado que adquiere la naturaleza del fuego mismo y produce el mismo efecto en todo lo que toca. Así es el alma que siempre está vuelta hacia Dios y es inspirada con el Espíritu”.

Uno de los creyentes preguntó cómo podríamos alejar nuestros corazones del mundo y ‘Abdu’l-Bahá le respondió:

“Si vuestros corazones están vueltos siempre hacia Dios y llenos del amor de Dios, ese amor os separará de todas las cosas; ese amor será la barrera que se levantará entre vosotros y cualquier otro deseo. Todos debéis uniros entre sí en corazón y alma, entonces progresaréis en vuestros trabajos y obtendréis grandes beneficios, y la Causa de Dios se esparcirá en todos los países por medio de vosotros. Recordad lo que dijo Cristo: ‘Vosotros habéis obtenido las bendiciones de Dios sin dinero y precio, así debéis darlo con libertad. Este mandamiento muestra también que todas estas bendiciones son enviadas a vosotros por la generosidad de vuestro Dios y sin tener en cuenta ningún mérito de vosotros; debéis regocijaros grandemente por esa merced amorosa de vuestro Dios para vosotros y para todos. Porque todos disfrutarán de estas bendiciones dentro de poco. Vendrán del Este y del Oeste al Reino de Dios, y aun como Cristo ha predicho, esto ha de suceder. Algunos que están cerca serán privados, mientras que otros que están lejos recibirán estas bendiciones”.

Todos nos reunimos en la mesa a comer y cuando nos sentamos a nuestra primera comida en la Casa sagrada, una gran Luz brilló sobre nosotros y el Maestro dijo: ***“Bendecido sea el que come el pan en el Reino de Dios”.*** Luego nos dijo que la profecía de Cristo había sido cumplida y que debíamos agradecer sin cesar y con todo nuestro corazón por esta gran bendición que estaba más allá de nuestro poder en ese momento apreciar. Nos dijo que la comida estaba compuesta de dos partes, una espiritual y otra material. Que la material no tenía importancia y sus efectos sólo duraban veinticuatro horas, pero la espiritual era la vida del alma y sus efectos que estábamos disfrutando durarían para siempre jamás. Durante la cena nuestro Maestro nos habló y nos enseñó; refiriéndose a Cristo, citando Sus

declaraciones y profecías, siempre habló con una claridad y sencillez que un niño hubiera podido comprender. Sin embargo Sus símbolos y metáforas, tomadas siempre de la naturaleza, envolvían esa Esencia de Sabiduría que aturde a los sabios y a los grandes. Nuestro Maestro siempre contestaba todas las preguntas aunque fueran triviales con la mayor cortesía y daba respuestas geniales a todo tema de conversación. Notamos que daba al tema más corriente un gran significado y transformaba las cosas materiales en realidades espirituales. Por ejemplo si alguien decía que la comida estaba deliciosa Él sonreía amorosamente al que lo decía y agregaba:

"Eso es porque tu corazón está lleno de amor; cuando el corazón está lleno de amor todo nos parece que es bello y maravilloso".

Luego de la comida nos contó la historia del ermitaño. Cómo una vez que la Bendita Perfección viajaba de un lugar a otro con Sus seguidores, pasó por un lugar apartado donde a poca distancia del camino vivía un ermitaño solo en una cueva. Era un hombre santo y había oído que Nuestro Señor, Bahá'u'lláh, pasaría por allí. Con mucha tenacidad esperó Su llegada. Cuando la Manifestación pasó por el lugar el ermitaño se hincó y besó el polvo frente a Sus pies. "Yo soy un pobre hombre que vive solo en una cueva cerca de aquí; pero me contaré como el más feliz de los mortales si Tú vienes por un momento a mi cueva y la bendices con Tu Presencia". Entonces Bahá'u'lláh le dijo al hombre que iría no por un momento pero por tres días. Ordenó a Sus seguidores que acamparan y esperaran allí Su regreso. El pobre hombre estaba tan lleno de alegría y gratitud que no podía decir nada. Le indicó el camino en silencio a su humilde vivienda en la roca. Allí el Glorioso Se sentó con él, le habló y le enseñó. Cuando llegó el atardecer el hombre se encontró sin nada que ofrecerle a su gran Huésped además de una carne seca y un poco de pan negro y agua de un nacimiento cercano. Sin saber qué hacer se arrojó a los pies de su Señor y le confesó su dilema. Bahá'u'lláh lo tranquilizó y con una palabra le ordenó que trajera la carne, el pan y el agua; luego el Señor del universo compartió esta comida corriente con alegría y fragancia como si fuera un banquete y por tres días de Su visita comieron sólo esta comida, que para el pobre ermitaño fue la más deliciosa que había comido. Bahá'u'lláh le dijo que Él nunca antes había sido atendido con más hospitalidad y amor. ***"Esto,"*** dijo el Maestro, cuando terminó de contar la historia, ***"nos muestra qué poco requiere el cuerpo del hombre cuando es alimentado con el más dulce de todos los alimentos – el Amor de Dios"***. Al final de la cena uno de los sirvientes hindúes trajo una canasta llena de flores enviadas por Abul-Qásim, el jardinero del Ridván. El Maestro las recibió con encanto y las acercó a Su rostro. Nos dio a cada uno un manojo de jacintos azules, símbolos puros de la sabiduría y conocimiento que estaba creciendo en el jardín de El-'Abhá.

Habíamos aprendido que estar con ‘Abdu’l-Bahá era todo vida, alegría y bendición. Íbamos a entender también que Su Presencia era un fuego purificador. El peregrinaje a la Ciudad Santa no es otra cosa que una cruzada en la cual las almas son probadas; donde el oro es purificado y la herrumbre consumida. No parecía posible que nada además del Amor pudiera de aquí en adelante animar nuestras palabras y acciones. Esa tarde, sin embargo, al estar en mi cuarto discutí con un hermano en la Verdad. Le encontré sus faltas y di rienda suelta al mal que había en mi corazón por medio de mis palabras. Estábamos sentados juntos todavía cuando el Maestro, que venía de visitar a los enfermos y pobres de la ciudad, regresó e inmediatamente llamó a mi madre espiritual, Lua, que estaba con nosotros. Le dijo que durante Su ausencia uno de Sus siervos había hablado sin gentileza a otro y que entristecía Su corazón que los creyentes no se amaran uno a otro, o que hablaran en contra de algún alma. Le pidió que no hablara del asunto y que orara. Un poco más tarde todos fuimos a cenar y mi duro corazón estuvo inconsciente de su error, hasta que mis ojos se posaron en el amado rostro de mi Maestro. Recibí Su mirada tan llena de gentileza y compasión que me sentí avergonzada en el corazón. Porque de una forma maravillosa Sus ojos me hablaron, y en ese espejo puro y perfecto vi mi ego malvado e irrumpí en lágrimas. Él no estaba atento a lo que me pasaba en ese momento y todos siguieron con la cena gentilmente, mientras yo permanecía sentada en Su querida Presencia limpiándome algunos de mis pecados en lágrimas. Después de un tiempo Él se me volvió, me sonrió y dijo mi nombre varias veces como si me estuviera pidiendo que fuera hacia Él. En un instante prevaleció en mi alma una dulce felicidad, mi corazón fue confortado con la infinita esperanza, yo sabía que Él limpiaría todos mis pecados.

La siguiente mañana nos reunimos para oír Sus Palabras y cuando todos estuvimos presentes dijo:

“Todos los sufrimientos que tú pasas a través de la conquista del Reino de Dios se terminarán cuando alcances su felicidad perfecta. Es como aquel hombre que después de haber estado dos o tres años enfermo y sin auxilio logra fortalecerse, recupera la salud y todo el recuerdo de su dolor se desvanece. La felicidad del Reino es perfecta a diferencia de la imperfección de la mejor de nuestras condiciones materiales y nunca nuevamente es oscurecida por ningún vestigio de sufrimiento. Cualquier problema que tengamos en el camino del Reino es una prueba para nuestra alma. Cuando un hombre viene a este mundo lo hace en medio de dificultades y problemas; pero sale de lo invisible a lo visible para conseguir grandes cosas para sí mismo. Así como el nacimiento material es un momento de sufrimiento también lo es el nacimiento espiritual. El camino a

Dios es estrecho y lleno de dificultades pero recuerden lo que dijo Cristo: 'Aunque el cuerpo es débil, el espíritu es poderoso'".

"Muchos grandes hombres y mujeres han deseado siglo tras siglo vivir en esta maravillosa Época de Dios y vosotros habéis sido escogidos para vivir en este tiempo. Cristo dijo que la piedra que los constructores rechazaron llegó a ser la de la esquina. Esto significa que los hombres y mujeres espiritualmente grandes han sido rechazados y despreciados en todos los tiempos por los constructores del mundo; pero ahora en el tiempo del Reino, los seres espirituales serán las principales piedras en la construcción. El hombre sabio trabaja en este tiempo para obtener buenos resultados en el futuro. Vean el invierno, que tan estéril y sin vida y sin frutos es".

"Supongáis que uno pasara en esa estación todo el tiempo, sin conocer las otras estaciones de la tierra y viera a un hombre que ara la tierra y reparte la semilla. ¿No diría lo siguiente? "Qué hombre más tonto. Se molesta sin ningún resultado, trabaja sin ningún propósito y desperdicia lo que le daría comida". Pero con el tiempo las lluvias descenderán sobre la tierra, el sol brillará, las brizas soplarán y veremos los resultados en gran belleza y producción. Así es el trabajo del Espíritu Santo en sus corazones. El sol terrenal es como el Sol de la Verdad, la lluvia es el chubasco de la misericordia de Dios; la semilla es la Palabra de Dios; el aire las fragrantes olas de Su Espíritu Santo y la tierra es los corazones de la gente. Ahora las semillas espirituales están siendo repartidas por el mundo, el calor del Sol de la Verdad está penetrando con poder a todas las almas, la brisa del Espíritu está soplando en todo el mundo y las lluvias de la misericordia de Dios están cayendo en los corazones de la gente. Los resultados serán una grandiosa y maravillosa cosecha; cada árbol, rama y retoño dará fruto y vosotros lo veréis".

En un gran salón donde comimos había dos loras en sus jaulas que colgaban el techo. Estas, además de los gorriones que entraron volando por la ventana y gorjeaban en las vigas de arriba, producían un gran ruido... el Maestro le pidió a unos de los hindúes que se llevara las jaulas y la conversación cambió hacia el trato de los animales. 'Abdu'l-Bahá dijo que deberíamos ser amables y misericordiosos con todas las criaturas; que la crueldad era pecado y que la raza humana nunca debería lastimar a ninguna de las criaturas de Dios; al contrario debería tener cuidado siempre de no hacer nada para disminuir o exterminar cualquier orden de cosa viviente; que los seres humanos deberíamos hacer uso del reino animal o de cualquiera de sus servicios, pero nunca por placer o vanidad y que cazar animales era equivocado y cruel.

Luego la Sra. Thornburgh pidió permiso para contar la historia de un chico que había robado los huevos de un nido. Una dama al encontrarlo en el camino lo había parado y lo había regañado de la siguiente manera: "¿No sabes que es muy cruel robar un nido? ¿Qué hará la pobre mamá pájaro cuando regrese al árbol y no encuentre todos sus huevos?" El niño la miró y le contestó: "Tal vez esa es la madre que usted anda en su sombrero". Cómo rio el Maestro. Él agregó: ***"Esa es una buena historia y ese chico fue muy listo"***.

El incidente anterior es sólo uno de muchos que mostraban con qué espíritu universal de felicidad, dulzura y simpatía el Maestro tocaba todo lo concerniente a la vida. Nunca había visto tanta alegría ni oído una risa así en 'Akká. El Maestro parecía hacer sonar todas las cuerdas de nuestra naturaleza humana y las hacía vibrar con música celestial.

¡Qué maravilloso era poder ver a nuestro amado Maestro a cualquier hora del día, oír Su voz divina, estar bajo el mismo techo que cobijaba a tan bendita Persona! Pero en verdad cada hora que pasamos en Su Presencia no tiene lugar en el tiempo y en ninguna parte de la vida de este mundo. Aquellos días eran interminables, eternos. Fueron la meta para la cual toda la vida fue sólo una preparación y la fuente desde la cual la vida fluiría de aquí en adelante.

Una vez en la luz del atardecer todos los de la casa estábamos juntos y hablábamos en voz baja de la Bendita Perfección, y de pronto la luz gloriosa de Su Presencia brilló ante nosotros y nos paramos para recibirle de pie cuando entrara. Entonces Él se sentó en silencio en medio de nosotros y Su hermana Rúhá entonó las Palabras de una Tabla Sagrada. Había alrededor de Él una Belleza celestial. De Su Bendito Ser emanaba una suprema delicadeza, gentileza y humildad que comprimía nuestros corazones con vergüenza y pena por nuestros pecados, pero al mismo tiempo nos elevaba en alas poderosas de esperanza y aspiración.

Él siempre nos daba las buenas noches y nos pedía que descansáramos bien en la Casa de nuestro Padre y que soñáramos lindos sueños. En la mañana nos saludaba temprano y nos preguntaba a cada uno sobre nuestra salud espiritual y nuestro bienestar, nos mostraba la mayor preocupación por los que no se sentían bien.

En una ocasión uno de los creyentes de Norteamérica dijo a la Madre Santa que era huérfana porque sus padres no eran creyentes. La esposa del Maestro la llevó en sus brazos, colocó su cabeza en su pecho y le dijo que ahora ella era su madre para que se sintiera bien. Luego la llevó ante Él de la manera más natural, todavía abrazándola junto a su corazón y Le dijo todo. 'Abdu'l-Bahá le dijo: ***"Los lazos materiales no son nada, no dan frutos eternos. Tú eres la hija de Dios y perteneces al Reino y los lazos de la carne no son nada, pero los lazos del***

espíritu son todo. Yo soy tu padre, estos son tus hermanos y hermanas y tú debes estar contenta y regocijada porque te amo extremadamente".

El viernes por la mañana el Maestro nos dijo que ese día visitaríamos la Sagrada Tumba de Bahá'u'lláh. De acuerdo a esos planes esa tarde todos salimos en carruajes y nos dirigimos a las calles estrechas a través de portones de piedra a la hermosa campiña en dirección de Bahjí y el Jardín de Ridván. Era un día precioso, el cielo estaba azul y claro, el sol brillaba con calor oriental y esplendor, una brisa ligera soplaba y el aire estaba perfumado de rosas.

Después de viajar por media hora llegamos al Jardín donde Bahá'u'lláh pasó mucho de Su tiempo durante Sus largos años de exilio en 'Akká. Aunque este Jardín es muy pequeño es uno de los lugares más adorables que habíamos visto. Bahá'u'lláh decía con frecuencia a Su jardinero, Abul-Qásim, ***"Este es el más hermoso Jardín el mundo"***. Con sus grandes árboles, su riqueza de flores y sus fuentes; yace como una gema preciosa rodeada de dos arroyos límpidos como se describe en el Corán. La atmósfera que prevaleció estaba tan llena de recuerdos sagrados, de significado divino, con una quietud y paz celestial que ninguno se sorprende de oír la historia de aquel viajero que al pasar un día por su entrada, hizo una pausa y al entrar a mirar su interior dentro vio a Bahá'u'lláh sentado bajo la sombra de los árboles de "mulberry", ***"una tienda no hecha por las manos".*** Recordó como decía la profecía en el Corán, reconoció a su Señor y corrió a postrarse a Sus pies.

Visitamos la pequeña casa al final del Jardín y nos detuvimos en la entrada del salón donde a Bahá'u'lláh acostumbraba sentarse cuando el clima estaba caluroso. Uno a uno nos hincamos y con lágrimas de amor y anhelo besamos la tierra donde Sus benditos pies habían reposado. Regresamos al Jardín a tomar el té que Abul-Qásim nos había preparado. Luego nos contó la historia de las langostas. Durante un caluroso verano hubo una plaga de langostas que habían consumido la mayoría del follaje de los alrededores. Un día Abul-Qásim vio que una gruesa nube de ellas cubría los árboles bajo los cuales Bahá'u'lláh a menudo se sentaba. Abul-Qásim corrió a la casa al final del Jardín y al estar frente a su Señor le dijo con alarma: "Mi Señor, las langostas han llegado y están comiéndose la sombra que cubre Tu bendita cabeza. Te ruego que hagas que se vayan". La Manifestación sonrió y le contestó: ***"Las langostas necesitan comer; déjalas".*** Muy contrariado, Abul-Qásim regresó al Jardín y por un tiempo observó el trabajo destructivo en silencio; pero aún estando presente, incapaz de soportarlo, se aventuró a regresar otra vez a pedir a Bahá'u'lláh con humildad que alejara a las langostas. La Bendita Perfección se levantó y fue al Jardín, se paró frente los árboles cubiertos de insectos. Y luego dijo: ***"Abul-Qásim no os quiere, Dios os proteja"*** y al levantar el

doblez de Su hábito lo sacudió e inmediatamente todas las langostas se levantaron en un solo cuerpo y volaron lejos.

Cuando Abul-Qásim terminó su historia exclamó con gran emoción mientras se tocaba los ojos: "Oh, benditos sean estos ojos que han visto tales cosas; oh, benditos sean estos oídos que han oído tales cosas". Al partir nos regaló flores, y pareció como todos los creyentes de oriente, incapaces de hacer más para demostrar su amor hacia nosotros. Cuando entramos a los carruajes y todavía veíamos atrás ese lugar querido, nos dirigimos hacia el Aposento Sagrado.

'Abdu'l-Bahá nos encontró al otro lado del grupo de edificios que comprende Bahjí, la terraza, la pequeña casa de té y el Santuario Sagrado. Cuando llegamos había un grupo de más de cien creyentes orientales esperándonos. Sabiendo que éramos los primeros peregrinos de occidente en llegar al Más Sagrado Lugar, se reunieron de todas direcciones para ver nuestros rostros y los de ellos brillaban con un amor y alegría que nos maravillaron y nunca podremos olvidar. Subimos los peldaños a la terraza de arriba y entramos a la casa de té, allí encontramos a nuestro Amado sentado cerca de una ventana abierta. Se levantó a recibirnos, nos saludó con infinito amor, nos pidió que nos sentáramos y compartiéramos el té que había sido preparado en una mesa pequeña por Su fiel sirviente, 'Alí- Muhammad. Luego con una palabra de disculpas nos dejó. Se levantó y se dirigió a la terraza y con Sus manos delante de Él y mirando hacia arriba Se fue. Ni una de las más pequeñas acciones o palabras del Maestro ocurre sin tener un propósito y un significado. Al poco rato vimos que caminaba en la terraza de tal manera que Sus siervos pudieran verlo; entonces observamos a nuestros hermanos orientales de pie en un grupo en el césped de abajo, en perfecta quietud y en silencio, atrapados en el amor, viendo y rindiendo devoción al Bendito. ¡Quién, en verdad, podría quitar la vista de Su rostro, tan luminoso, tan pacífico y glorioso! Nunca lo vi más hermoso a nuestro Amado que ese día cuando íbamos a entrar al Santuario Sagrado con Él. Cuando vimos Su rostro sólo podíamos amarle, seguirle, obedecerle y acercarnos a Su Belleza. Entendí que no podíamos descifrar el misterio de Su Ser; sólo podíamos esperar ser envueltos por Él.

Una y otra vez vino a la puerta de la sala de té y el relámpago de Su mirada caía sobre nosotros. Nos dijo en un tono bajo y callado:

"Ahora vamos a visitar el Santuario Sagrado. Cuando estén orando en ese Lugar Divino recuerden la promesa de Bahá'u'lláh, que aquellos que logren este peregrinaje recibirá una respuesta a sus oraciones y sus deseos serán otorgados."

Luego Él nos pidió que Le siguiéramos y bajó los escalones seguido de los peregrinos de occidente, luego todos los demás creyentes en un sólo cuerpo detrás

de nosotros. En este orden el Maestro caminó unos metros adelante, nosotros procedimos despacio a la Tumba de Bahá'u'lláh. Cuando llegamos la puerta de afuera 'Abdu'l-Bahá se quitó los zapatos y nos hizo señas que hiciéramos lo mismo. Lo seguimos por el corredor interno corto de la entrada a un patio cuadrado con techo de vidrio y en el centro un área de tierra donde arbustos en flor y árboles de mandarina crecían. Cuando entramos se abrió una puerta en la esquina opuesta y las damas de la familia sagrada llegaron cubiertas por gruesos velos. Caminaron hacia adelante y nos saludaron con cariño. En el otro extremo del patio había una puerta a un lado y dentro estaba la Tumba Sagrada. Al mirar por esa puerta a través de un velo nuestras almas se estremecieron dentro como buscaran alivio, y si no hubiéramos sido sostenidas por la misericordia de Dios no hubiéramos podido resistir el cúmulo de alegría y tristeza y amor y deseo que sacudió los fundamentos de nuestro ser. El Maestro bendito permaneció en calma y radiante y nos llevó al final del patio a la par de la Tumba. Allí, en medio de la luz de una ventana de vidrio de color permanecimos en silencio hasta que Él pidió a uno del grupo que cantara La Ciudad Santa. Ninguna pluma podría describir la belleza solemne de ese momento, en una voz como quebrada esta chica cantó la alabanza y gloria de Dios mientras todos fuimos inmersos en el océano de la Presencia Divina. Las lágrimas de los peregrinos corrieron y aún los hombres fuertes lloraron en alto. Luego 'Abdu'l-Bahá nos llevó a la puerta de la Tumba donde nos hincamos por un momento, luego Él abrió la puerta y nos dejó entrar. Los que atravesaron ese umbral estuvieron por un momento en la Presencia de Dios, su Creador y no pueden pensar otra cosa. La Tabla de Visitación fue entonada por una joven persa. Cuando nosotros dejamos ese Lugar Sagrado los peregrinos orientales entraron despacio hasta que todos estuvieron adentro. Nuestro Amado cerró la puerta y después de cantar: "Cerca, mi Dios, hacia Ti", a pedido Suyo, en silencio nos retiramos.

Afuera encontramos los carruajes esperando a un poco distancia, y 'Abdu'l-Bahá, permitiéndonos seguirlo despacio, caminó a un pequeño montículo en los campos verdes ante nosotros y allí se quedó con el fondo suave del cielo del atardecer. ¡Oh, qué gloriosa silueta! Parado allí juntando la luz en el atardecer que caía con tonos suaves del cielo poniente y una luna llena subiendo por encima de Su divina cabeza.

Regresamos a nuestra casa en 'Akká en lo fresco de la noche por la tierra perfumada que será por siempre bendecida y santa por encima de todos los sitios, ***"la alegría de la tierra entera".***

Desde ese momento una gran paz descendió sobre nosotros y en la calma y belleza celestiales de esa noche en 'Akká, fuimos revestidos de fortaleza para el futuro. Íbamos a partir la siguiente mañana para Haifa; por la tarde estaríamos en el

mar otra vez. Cada hora nos alejaba de la Presencia de ‘Abdu’l-Bahá. Cuando despertamos el sábado parecía que la completa realización de esta separación había descendido como una gran oscuridad sobre nosotros y que estábamos completamente solos en el ancho mundo, excepto de Su compañía. Nos llamó temprano y al mirarlo Su rostro misericordioso nos dimos cuenta que Él sabía todo y que nos sostendría y daría fuerza. Él era en verdad suficientemente fuerte para sostener a todo el mundo. En el poder y majestad de Su Presencia nuestro temor se convirtió en perfecta fe, nuestra debilidad en fortaleza, nuestra tristeza en esperanza y nos olvidamos de nosotros mismos en nuestro amor para Él. Al sentarnos frente a Él, a esperar oír Sus Palabras, algunos de los creyentes lloraron amargamente. Él les pidió que por Su causa no lloraran; no nos hablaría ni nos enseñaría nada hasta que todas las lágrimas hubieran desaparecido y estuviéramos en calma. Entonces nos dijo lo siguiente:

“Orad para que vuestros corazones puedan ser separados de vosotros mismos y del mundo, para que seáis confirmados por el Espíritu Santo y seáis llenados con el fuego del Amor de Dios. Lo más cerca que estéis de la luz, lo más lejos estaréis de la oscuridad; lo más cerca que estéis del Cielo, lo más lejos estaréis de la tierra; lo más cerca que estéis de Dios, más lejos estaréis del mundo. Habéis venido aquí como los primeros y vuestras recompensas serán grandes.

Hay dos tipos de visitas. La primera es por una bendición; habéis venido, sois bendecidos y enviados a trabajar en la viña de Dios. Para la segunda, vienen con música y banderas como soldados, con alegría y triunfales; vienen a recibir vuestra recompensa. Si en tiempos pasados aquellos que se levantaban e iban a servir en la Causa de Dios, eran ayudados y confirmados por Su Espíritu, aun hasta sufrir la muerte por Él, ¡cuánto mayor será el Río de Vida con el que vosotros seréis colmados ahora! Porque ésta es la Revelación final y absoluta. Yo les digo que cualquiera se levante a servir la Causa de Dios en esta época será llenado con el Espíritu Santo y que Él enviará a Sus Huestes desde el Cielo para ayudarle; nada será imposible para vosotros si tenéis fe. Y ahora os doy un Mandamiento que será una Alianza entre vosotros y Yo: que tengáis fe, que vuestra fe sea firme como una roca, la cual ninguna tormenta pueda mover, que nada pueda alterar y que dure a través de todas las cosas hasta el fin. Aunque oigáis que vuestro Señor ha sido crucificado no seáis sacudidos en vuestra fe. Yo estoy con vosotros siempre, ya sea vivo o muerto, estoy con vosotros hasta el fin. Así como sea vuestra fe, así serán vuestros poderes y bendiciones. Ésta es la norma – Ésta es la balance – Ésta es la medida.”

Entonces Él se levantó y nos pidió que Lo siguiéramos. Nos llevó al siguiente cuarto, y allí descansando en un sofá contra la pared estaba la foto de Bahá’u’lláh. Caímos de rodillas ante ella y las lágrimas que fluyeron fueron de puro amor y

adoración. Hubiéramos podido permanecer así para siempre con nuestros ojos fijos en ese maravilloso Rostro. Pero el Maestro nos tocó en los hombros para que pudiéramos ver también el retrato de Su Alteza El Báb. Suya era una cara joven; pero yo no pude quitar mis ojos de los ojos de Bahá'u'lláh hasta que 'Abdu'l-Bahá se volvió hacia nosotros y elevando Su voz en un tono tan emotivo que atravesó todos los corazones, juntando las manos arriba de nosotros dijo:

"Ahora ha llegado el momento cuando debéis partir, pero la separación es solo de nuestros cuerpos; en espíritu estamos unidos. Sois las luces que serán difundidas, sois las olas de ese mar que serán extendidas y llenarán el mundo. Cada ola es preciosa para Mí y Mis narices serán complacidas por sus fragancias. Otro mandamiento os doy, que os améis unos a otros como Yo os he amado. Gran misericordia y bendiciones son prometidas al pueblo de vuestra tierra pero con una condición: que vuestros corazones sean llenados con el fuego del amor, que viváis en perfecta amabilidad y armonía como si fuerais un alma en diferentes cuerpos. Si falláis en esta condición las grandes bendiciones serán suspendidas. Nunca olvidéis esto; mirad a otros con los ojos de la perfección. Miradme, seguidme, sed como Yo soy; no penséis en vosotros o vuestras vidas, si coméis o si dormís, si estáis cómodos o enfermos, si estáis con amigos o enemigos, si recibáis aprecio o sois inculpados; porque de todas estas cosas no os debéis preocupar nada. Miradme y sed como Yo soy; debéis morir a vosotros mismos y al mundo, para que os nazcáis de nuevo y entréis al Reino del Cielo. Observad cómo una candela da su luz. Derrama su vida gota a gota para dar su llama de luz".

Cuando había terminado de hablar fuimos apartados de los miembros de la Familia Santa y, por un momento, pareció que nos estábamos extinguiendo; pero nuestro Maestro nunca nos retiró Su mirada compasiva hasta que ya no podíamos verlo debido a nuestras lágrimas. Entonces fuimos consolados cada uno en los brazos de la Familia Santa. Nuestros corazones fueron comprimidos y pareció como si las cuerdas de la vida se habían roto. Cuando llegamos a la casa de nuestro Padre Celestial, de repente Su Espíritu llegó a nosotros y una gran fortaleza y tranquilidad llenó nuestras almas. El dolor de la separación corporal fue cambiado por la alegría de la unión espiritual.

Habíamos dejado a nuestro Amado en Su gloriosa prisión para que pudiéramos ir y servirle; para que pudiéramos esparcir Su Causa y entregar Su Verdad al mundo; Sus Palabras ya se habían cumplido:

"El tiempo ha llegado de que debéis partir, pero la separación sólo es de los cuerpos, en espíritu estamos unidos para siempre".

May Maxwell